

¿Sería el ser humano, ser humano, sin besarse?

ARNOLDO KRAUS Y ANTONIO R. CABRAL

Los actos inconscientes, no meditados, "automáticos", son la norma en el ser humano. Desconocemos si existen estudios en donde se confronte el número de actos conscientes con el de los no conscientes, aunque suponemos que prevalecen los segundos. Es probable que la "inconsciencia cotidiana" —no existe mejor término para referirse al comportamiento de nuestra especie dentro de la rutina diaria— sea un mecanismo protector y no manifestación de irresponsabilidad. La inconsciencia ante la trivialidad de la repetición es como una vacuna contra las apretadas tenazas del tiempo, de la comunidad. Difícil sería acostarse cada 31 de diciembre y amanecer al día siguiente si la mayoría de nuestros actos "simples", "normales", cotidianos, estuviesen siempre impregnados por mecanismos de control o supeditados a los ojos del *alter ego*. Es por eso que mientras que la naturaleza nos dotó de "inconsciencia cotidiana", la costumbre, la escuela de lo iterativo, nos modela y obliga mientras crecemos: "donde fueses haz lo que vieses."

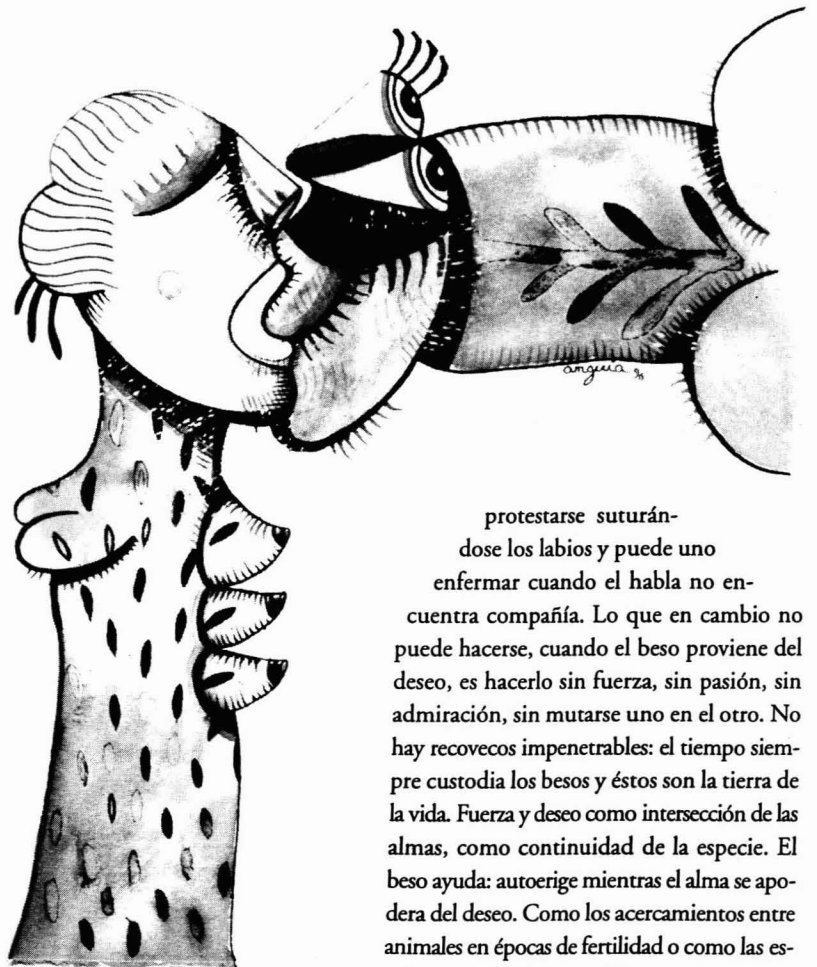
De niños recibimos con buena o mala cara, pero finalmente aceptamos, las caricias de los tíos; de niños, también, no queda más remedio que respetar a los profesores y el saludo cortés es la norma; en la misma época los buenos días son obligados aunque la realidad sea otra; ya como adolescentes estrechamos la mano, y cuando el tiempo elimina lo imberbe y las hormonas conforman los cuerpos, el beso nos acerca. Lo que sigue, cuando adultos, es una mezcla de hipocresía y autenticidad: la mitad de los saludos, de los apretones de manos, de los encuentros, de las llamadas, de los compromisos y de los besos son sinceros. La otra porción es obligada o fingida. Muchas veces es difícil saber si tal o cual acción humana está guiada por la autenticidad o la falsedad. En estos tiempos de distancias y de quiebras morales, la distinción entre lo genuino y lo turbio no siempre es fácil.

Bueno sería que la voluntad e integridad caminasen juntas.

A diferencia de otros actos, el beso debería presuponer transparencia. ¿Por qué besar si predomina el compromiso y no el propio Yo? Es claro, y por supuesto comprensible, que los "besos iniciales" son primero obligados y después automáticos. No hay niño o niña, al menos en Occidente, que no haya sido invitado en primera instancia y luego conminado a besar a quienes los padres consideran que es pertinente hacerlo. Siguen, dependiendo de las sociedades y de los estratos

económicos, los besos por costumbre: se besa al compañero o la compañera de escuela, al vecino de enfrente, a la amiga de la madre. Estos besos —los de la infancia, los obligados— están más matizados por la inconsciencia que por el deseo.

En el interludio entre la adolescencia y la edad adulta ocupan espacio primigenio los besos imaginarios: al ídolo, al padre que nunca llega, al novio deseado. Nace después el beso total: aquél en el que el deseo se apodera del control, de la conciencia y le da al humano —al menos en parte— su condición de ser. El beso a la pareja "real", a la profundamente deseada, implica preocupaciones "de la especie" como la reproducción, o conlleva visiones complejas como la de ser vehículo de supervivencia. Entre los vástagos que nacen a través del beso y la captura de la vida o el reencuentro con el universo al chocar los labios —lo que debe ser con fuerza— queda la totalidad. Puede hablarse quedo, puede silbarse fuerte, pueden exhibirse en la lengua o en los labios aretes pequeños o grandes, puede



Ricardo Anguía

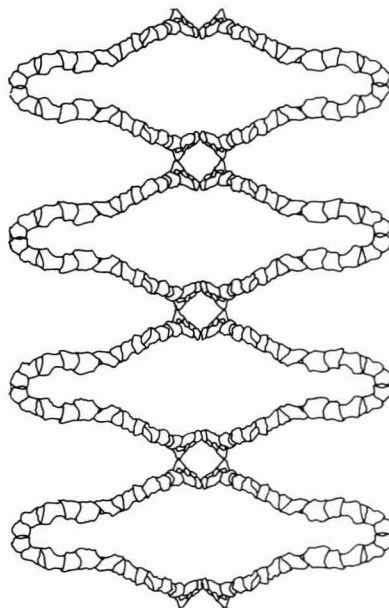
protestarse suturándose los labios y puede uno enfermarse cuando el habla no encuentra compañía. Lo que en cambio no puede hacerse, cuando el beso proviene del deseo, es hacerlo sin fuerza, sin pasión, sin admiración, sin mutarse uno en el otro. No hay recovecos impenetrables: el tiempo siempre custodia los besos y éstos son la tierra de la vida. Fuerza y deseo como intersección de las almas, como continuidad de la especie. El beso ayuda: autoerige mientras el alma se apodera del deseo. Como los acercamientos entre animales en épocas de fertilidad o como las esculturas de *Le baiser* —*El beso*— de Auguste Rodin y de Constantin Brancusi.

Rodin, dominado por la pasión, por la imagen ora lacerante, ora vivificadora, de la musa Camille Claudel. Embriagado por la fuerza de la existencia, Auguste Rodin esculpió numerosas parejas en el dolor extremo del deseo. *Le baiser*, es la más sensual de estas esculturas y para algunos es su obra maestra. Es imposible pensar que Rodin no haya besado con fuerza, con el cincel y el alma. Sería igualmente erróneo suponer que los movimientos de su lengua y labios, el hálito de Claudel y, sobre todo, los gemidos y ruidos de ambos, no se convirtiesen en el pretexto de existir y quizás de esculpir. Dos pares de labios y dos respiraciones al unísono: ¿sólo motivo para la escultura *Le baiser* o la vida misma? No dudamos, después de la lectura hiriente del libro *La escritura o la vida* —que mueve las avenidas del espíritu y la conciencia del lector—, que la hipótesis de Jorge Semprún sea cierta: si no se escribe se muere. Lo mismo puede decirse de algunas de las esculturas de Rodin: esculpidas primero en el calor de los labios y después en algún material, son vehículos vitales para la permanencia, para la vida. Besos de letras, de bronce, de ideas, de tinta, de carne. Besos del presente y del futuro. Colisiones primero de los cuerpos y luego de las almas. Encuentros que permiten la creación y facilitan la vida. O que facilitan la creación y permiten la vida.

Los besos en que un cuerpo se funde con otro cuerpo, los que producen que dos seres se hagan uno, aquéllos cuya génesis es el *deseo*, deberían contemplarse como modelos de esperanza. O como símbolos —hablando bajo el oscuro sino en que se encuentra sumida nuestra especie— de lo posible. Tras los rubros esperanza y posibilidad subyace el espacio filosófico del beso. ¿Qué seríamos sin deseo? ¿De qué serviría la alegría sin tristeza? Desde que Adán y Eva llevaron la manzana a sus labios el ser humano encontró en la unión volitiva, en el beso, la idea para perpetuarse. No en balde René Descartes se preocupó por las pasiones. El deseo, de acuerdo con el autor del *Discurso del método*, es una de ellas. Otra vez la pregunta: ¿qué seríamos sin deseo?; ¿podría, entre los amantes, existir el beso carente del fuego del deseo?

José Bianco escribió que

el mundo humanista es el resultado de un grupo de hombres que pensaron individualmente. Hoy por hoy el humanismo está reemplazado por la ciencia y la técnica, por ese mundo científico en el cual se confía para resolver los problemas que ha de afrontar el



Josefina Temin

género humano: la enfermedad, la superposición, el hambre.

Bianco tiene razón pero su ideario es incompleto: los hombres y mujeres que pen-

saron individualmente, construyeron a partir de su interior, de su edificación como seres. En esa génesis, en esa aventura de la vida, en esa autoconstrucción, el deseo es piedra angular. Si bien hay quienes crean a partir de la enfermedad y del dolor, el beso-deseo, binomio evanescente primero y unidad bajo la luz de la creación después, es, sin duda, la raíz de ese humanismo y la semilla de la esperanza y lo posible.

Hay que decirlo: el beso entre dos seres que se aman, el beso que se dispara entre labios hambrientos, ardorosos, candentes, exacerbados, bajo la fuerza de la entrega total, es un acto magistral. La inconsciencia de otras cotidianidades deja de existir, desaparece. El beso modifica el tiempo bajo el mágico influjo de la pérdida. Yo soy tú y tú eres yo. Y tú eres lo más importante. El encuentro de dos entes a partir del diálogo universal, a partir de un idioma directo, el de los besos, implica el amalgamamiento de dos deseos, dos movimientos, dos ideas. El beso, el beso de amor, es también un reto magistral para las matemáticas: dos no son dos, es uno. Es todo. ♦

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Octubre 1996 ♦ Núm. 549

♦ Ilustra: Roberto Donís

Presencia de América Latina

Duquette: **Reformadores y empresarios**

♦ Zertuche Muñoz: **Fervor de Jorge Luis Borges**

♦ Waldman: **Del cuento al haikú de Dalton**

Trevisan ♦ López Portillo T.: Incidentes diplomáticos entre México y Venezuela ♦ Pons:

La novela negra argentina ♦ Alves de Aguiar:

Sobre Pedro Nava ♦ Durand: Capitalistas

realmente existentes ♦ Flores: Vicente

Huidobro y la política